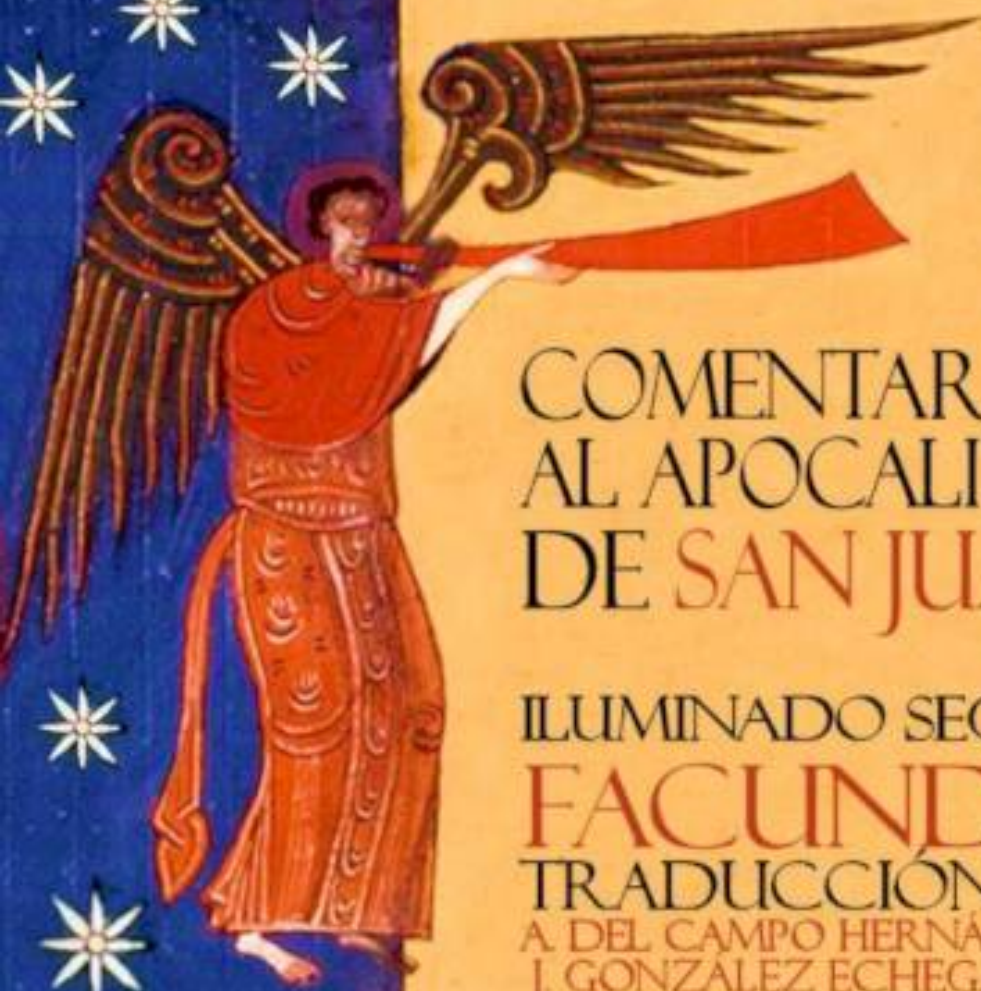


BEATO DE LIÉBANA

COMENTARIOS
AL APOCALIPSIS
DE SAN JUAN

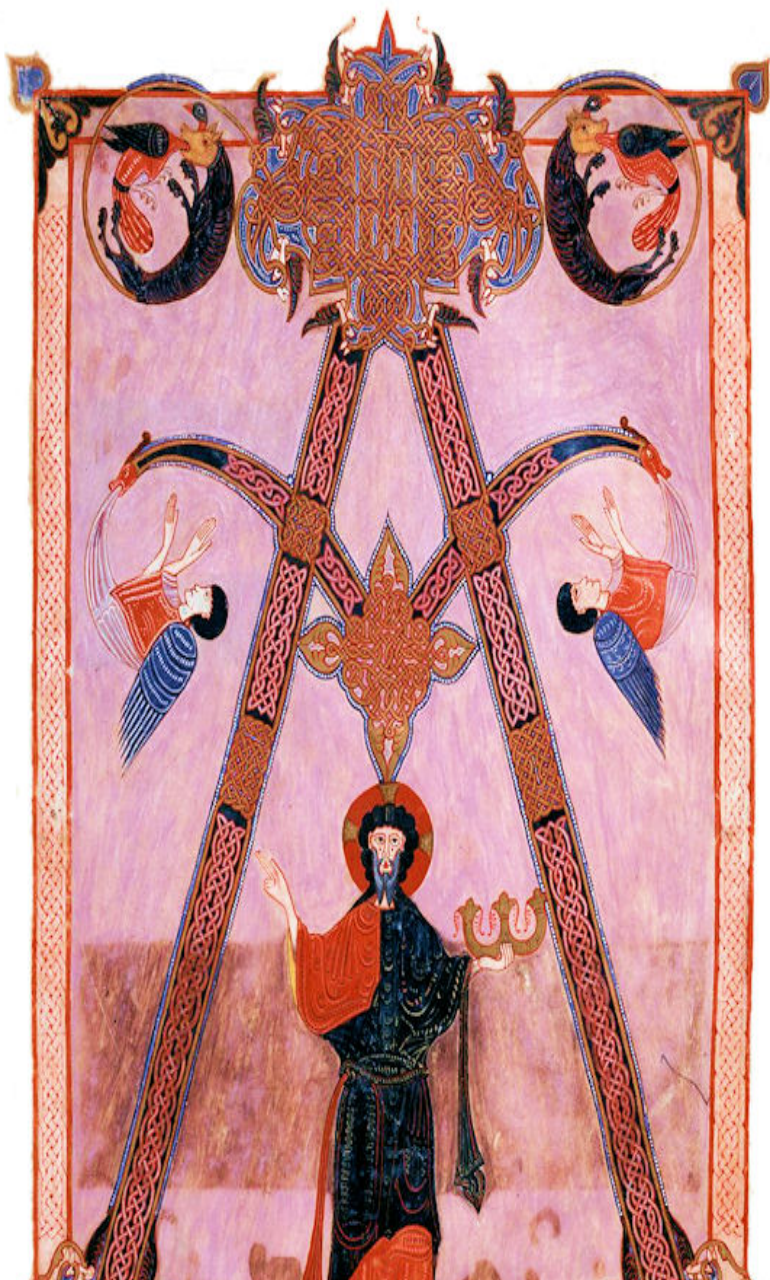
ILUMINADO SEGÚN
FACUNDO
TRADUCCIÓN DE
A. DEL CAMPO HERNÁNDEZ
J. GONZALEZ ECHEGARAY



Hacia el año 776, un monje llamado Beato, quizás abad del monasterio de Santo Toribio de Liébana, escribió una obra titulada *Comentarios al Apocalipsis* que tuvo un extraordinario éxito durante cinco siglos. Gracias a su extensa cultura, Beato refundió en este texto, a modo de summa, muchos comentarios que sobre el tema habían realizado autores como Ireneo, Ticonio, Gregorio Magno o san Isidoro.

El género de la literatura apocalíptica, surgido en el ambiente judaico hacia el siglo II a. C., nunca había dejado de cultivarse. Beato, obsesionado como sus contemporáneos por la inminente llegada del fin del mundo, que según el cálculo de las seis edades sucedería en el año 800 (838 en la era española), compuso la obra para edificación de sus monjes, insistiendo en que, tras las aterradoras catástrofes finales anunciadas por san Juan Evangelista, el bien triunfaría sobre el mal.

No se conserva el códice original de Beato y, aunque es muy probable que estuviera iluminado, no hay testimonio alguno al respecto. Pasó la fecha temida sin que nada sucediera, pero siguieron realizándose copias en los monasterios del norte peninsular (sólo uno es originario de otro país). Después llegarían los terrores del año 1000, y otros sucesivos, así que el texto, ya indisolublemente unido a un ciclo fijo de ilustraciones, siempre tenía sentido.





EL MONJE EN SU APOCALIPSIS

Emilio Pascual





Puede leerse el nombre de Liébana en la obra de Sebastián, obispo de Salamanca, o en la Crónica del rey Alfonso, entre una de las comarcas de aquella tierra (a donde fueron llevados de nuevo por el rey Alfonso el Católico, yerno de D. Pelayo, los pueblos cristianos de España, emboscándose en algunos rincones de las regiones de Asturias hasta ese día, por miedo de los sarracenos). «En aquella época —dice— se produjo la repoblación de Primorias, Liébana, Transmiera, Sopena, Carranza, Burgos que hoy se llama Castilla, y la costa de Galicia. Actualmente, que yo sepa, el nombre de Liébana no corresponde a ninguna ciudad concreta, sino que es una parte de las Astures, situada entre las Asturias, como suelen denominarse, de Oviedo y de Santa Juliana o Santillana, la parte más alta y quebrada de la provincia, que ocupa una extensión aproximada de nueve leguas de largo por cuatro de ancho y que se denomina provincia de la Liébana, y está bajo la jurisdicción del duque del Infantado». En dicha región se encuentra el pueblo de Valcavado, próximo a Saldaña, en cuya iglesia se venera y da culto al cuerpo de un santo varón, llamado por sus habitantes Santo-Vieco, al parecer por una transformación fonética del nombre de santo Beato. Muchos autores aseguran que se muestra públicamente uno de los brazos, para su veneración.

(Nicolás Antonio, *Bibl. Hisp. Antigua*, l. VI, c. II).

Desde la ascética ventana de su celda, que daba al torrente ensoberbecido por las últimas lluvias, el abad de Valcavado contemplaba, abstraído, el tronco del árbol que había derribado la tormenta. En aquellas horas previas al rezo de Vísperas, esas horas grises de atardecer y de ceniza que envolvían el monasterio, el abad de Valcavado volvía a veces los ojos a las nieves de antaño, a las montañas de su infancia. En esos momentos bendecidos por la sabiduría de los cielos podía recordar las lluvias primaverales de Liébana y sus otoños apacibles; adivinar las pomaradas en flor que el cierzo respetó, y, si esforzaba la imaginación, el perfume salitroso del Cantábrico.

El árbol había caído con la suavidad de un príncipe perdido en la arena del desierto, con el sosiego de un mártir en los circos de la persecución. La providencia había querido que permaneciera atravesado, uniendo las dos orillas del río, puente indeciso sobre las aguas alborotadas del torrente. El abad de Valcavado pensó en el próximo himno de Vísperas, en la estrofa que hablaba de aquel otro árbol bello y luminoso (*arbor decora et fulgida*), que, adornado con la púrpura real (*ornata Regis purpura*) —ya color del poder, ya de la sangre—, había sido elegido por Dios como tronco de salvación en el naufragio humano (*electa Deo stipite*) para sostener el cuerpo sagrado del Elegido (*tam sancta membra tangere*). Árbol de la salud, el árbol de la vida. Un fragmento del de la cruz brillaba en Liébana.

Algo llamó la atención del viejo abad. Un hombre, pastor o campesino, acababa de poner el pie en uno de los extremos del tronco. ¿Quién dijo que del árbol caído todos hacen leña? El hombre no buscaba leña sino paso: apoyaba en un pie todo el peso del cuerpo sobre el tronco, tanteando como para asegurarse de su firmeza. El abad pensó en un versículo del salmo que no tardaría en recitar: *Si iniquitates observaveris, Domine, Domine, quis sustinebit?* ¿Quién

podría resistir firme ante Dios si llevara por cuenta todas nuestras iniquidades? El árbol caído, el agua del torrente, el universo todo estaba en sus manos. Si Él sabía esparcir los cristales de hielo como migas, ¿qué agua no quedaría detenida ante el rigor de la frialdad de su rostro? *Ante faciem frigoris eius quis sustinebit?*

El hombre pareció confiar en la firmeza del tronco. Desde su celda del monasterio de Valcavado, el abad adivinó la desvalida decisión del hombre. Lo vio avanzar por el puente improvisado, sobreponiéndose al estruendo de las aguas. Crujió una rama que se apoyaba al otro lado, y el tronco experimentó una leve sacudida. Sobrecogido, el abad vio cómo el hombre extendía los brazos en cruz para preservar el equilibrio. Pelele o crucificado, hubo un momento en que se debatió entre la vertical precaria de la vida y la caída a los remolinos de la espuma. Fue entonces cuando el monje, con una mirada de perplejidad o de misericordia, recordó o predijo aquella línea de música precisa: *media vita in morte sumus...*^[1]

En medio del camino de la vida. Si nadie ha podido presumir de hallarse en mitad del camino de la vida —pues es sabido que nadie es tan viejo que no pueda vivir un día más, ni tan joven que no pueda morir hoy mismo—, el abad se sabía más cerca del final que del principio. Volvió los ojos hacia las montañas de Liébana y las percibió en la memoria como un estallido de luz. Recordó entonces un libro de Dionisio el Areopagita. Juan había escrito al comienzo de su evangelio que en el principio era la palabra; Dionisio añadió que en el principio era la luz. Dios había creado el universo por la palabra y lo había bañado en la irradiación de su luz como la madre de Aquiles a su hijo. Beato, el anciano abad de Valcavado, volvió los ojos hacia las montañas de Liébana, hacia aquel día lejano de su adolescencia en que el maestro de novicios se los había abierto al enigma de la palabra escrita.

Porque es de saber que, antes que abad de Valcavado, Beato había sido novicio en Liébana. (Dejaron de preguntarle por su nombre cuando supo responder que un diácono de Cartago, amigo de Agustín, se había llamado *Quodvultdeus*, «Loquediosquiera»). Beato de Liébana asistía conmovido a la predicación exacta del abad, la ardua tarea de administrar el sacramento de la palabra. A menudo había oído los ecos solemnes de sus palabras resonando en las bóvedas de la iglesia cubiertas por la sombra del Altísimo; desde su sencillez de arcilla, seducido por el fulgor de la oratoria, se habría atrevido a pedir al Hacedor supremo una memoria insomne, a resguardo de la confusión y del olvido, para registrar todas las palabras predicadas. Hasta que vislumbró el misterio de la palabra escrita.

Verba volant, scripta manent, le repetía su maestro, mientras pasaba el índice por las líneas de los códices de la biblioteca. Lo escrito permanece; las palabras se vuelan con el viento. Ahora sabía que tampoco la escritura estaba al abrigo del fuego y de la intemperie. El profeta había vaticinado que la hierba se seca, la flor se marchita; el Maestro, el único maestro, subrayó que la hierba del campo hoy es y mañana arde: solo la palabra de Dios permanecía para siempre. Cierto. No había granero, tesoro ni biblioteca indestructible: testigo doloroso Alejandría, una biblioteca de leyenda que había sido devorada por las llamas. Por eso el Maestro había recomendado a sus discípulos que no ingresaran sus tesoros sino en el cielo, donde no los corroen la polilla ni el orín, y donde no horadan ni roban los ladrones. Jamás olvidaría la sonora aliteración de aquel versículo: *Thesaurizate autem vobis thesauros in caelo: ubi neque aerugo, neque tinea demolitur, et ubi fures non effodiunt, nec furantur*. Divinas palabras.

De joven había sido tartamudo. Pero nunca sordo a la lira como el asno de Esopo. Su maestro de novicios, que en medio de las brumas medievales no había perdido el sentido del humor, le proporcionó un verso antiguo para ejerci-

tar su lengua: *O Tite tute Tate tibi tanta tyranne tulisti*. «Si Demóstenes domeñó su tartamudeo con piedrecitas del arroyo —le decía—, bien puedes hacerlo tú con las sílabas de un poeta pagano».

En cuanto descubrió el recinto de la biblioteca supo que el destino lo aguardaba a la vuelta de un rollo manuscrito. Su maestro, jubiloso en el fondo por los progresos de su discípulo, le advertía no obstante de la estudiosa gula, y le ponía en guardia contra las insidias del demonio, que lo mismo podía acechar desde la carne que desde el *scriptorium*. Empezó por moldear la letra, con la misma asiduidad que la lengua, para copiar los primeros pergaminos.

En los días invernales la pluma se abría paso con dificultad entre la fría humedad del pergamino, como aquellos barcos legendarios que no habían sabido volver de entre los mares de cristal. En esas horas recordaba que un ángel del Señor había purificado los labios de Isaías con un carbón encendido, y él se preguntaba, abrumado, si algún ángel invisible no estaría purificando sus dedos con el frío.

Qui scribit bis legit, había dicho el sabio obispo Agustín, doctor tras una azarosa travesía. (Si va a decir verdad, él nunca lo había encontrado en sus escritos. ¿O no había sido Agustín su autor, y se lo había atribuido la voluntad de una memoria extraviada?). *El que escribe dos veces lee*. El que escribe... ¿Cabía la posibilidad de que el copista leyera mal o inventara lo escrito? Copió manuscritos resistiendo la tentación de enmendar pasajes poco claros, de corregir pensamientos discutibles. Cuando el abad le permitió leer todos los libros, creyó entrar en una modesta sucursal del paraíso.

Un par de versículos invocaban al Dios de los cielos como *firmamentum meum et refugium meum*. Mi roca, mi ciudadela, mi refugio. La biblioteca fue su torre, su refugio y amparo. A veces, absorto en la lectura de los viejos volúmenes, solo la campana que avisaba del rezo de las horas le hacía levantar la vista de aquellos renglones como surcos

en pardas sementeras. En esas ocasiones su mirada tal vez se cruzaba con la del gato, centinela contra el sacrílego peligro de las ratas. ¿A qué tentar a Dios pidiéndole leer la hora en los ojos de los gatos? Bastaba la campana: todo era dejar una línea para cantar un versículo.

Leyó «innumerables libros», como años después confesaría a su amigo Eterio, primero discípulo y más tarde obispo de Osma. Ahora, acogido a la penumbra de su celda, recordaba un verso de Prudencio que había leído de joven: *inrepsit subito canities seni*. ¡Con qué rapidez había trepado la canicie por sus sienes, hiedra blanca para coronar su cabeza de anciano! La nieve de su frente, seguía el poeta, probaba el paso de los inviernos y las rosas. Alguna de ellas había florecido a la sombra de la biblioteca. También alguna pesadumbre: ya Cipriano, elegido obispo de Cartago «por aclamación del pueblo», se lamentaba de que nadie está exento «de alguna herida de la conciencia».

La biblioteca le había abierto las puertas del pasado y le había revelado algunos secretos de la magnificencia divina. También algunos misterios de la torpeza humana. En su oído, acosado por las grietas del tiempo, aún resonaban ciertos himnos que Prudencio había compuesto cuando presentía su fin: la hora del canto del gallo, ese momento de claroscuro en que se encienden las lámparas, la hora de comer y la del sueño, las letras de oro con que trenzó la corona de los mártires Emeterio y Celedonio^[2]. Todavía recordaba la tenue línea de complicidad que dejó la sonrisa en la cara de su maestro cuando le puso en las manos la *Psychomachia*, el «combate del alma»: ahora sabía que dos de sus versos podían competir en sonoridad con otro de Virgilio. Ahora también que las hórridas guerras hierven en la prisión de nuestros huesos:

Fervent bella horrida, fervent ossibus inclusa.

En el silencio de la biblioteca oyó la voz de padres y poetas, el grito seco contra la injusticia y los opresores de

este mundo. Allí oyó decir a Basilio el Grande que no es más ladrón el que desnuda al vestido que el que no viste al desnudo pudiendo hacerlo: «Del hambriento es el pan que retienes, del desnudo el abrigo que tienes guardado en el armario, del descalzo el calzado que en tu poder se pudre; del necesitado el dinero que tienes enterrado». Grito corroborado por Jerónimo con palabras de acero: «El rico, o es injusto, o es heredero de un injusto». Allí admiró la boca de oro del Crisóstomo, que ya a los dieciocho años se rebeló «contra los profesores de palabrerías». Allí vio a Ambrosio, que era capaz de leer en voz baja, pero también de decirle en voz alta al emperador Teodosio que, ya que había imitado a David en el crimen, lo imitara también en la penitencia; y una verdad tan elemental como olvidada: que Dios había dado la tierra en posesión a todos los hombres, pero la avaricia repartió los derechos de posesión. Asistió a la consoladora confesión de Agustín de Hipona y a su perplejidad ante el misterio del tiempo; pudo compartir con él su preferencia por Virgilio, el principal, el mejor, el más brillante de todos los poetas (*poeta magnus omniumque praeclarissimus atque optimus*), que lo mismo podía tener voz de plata y luna, que de lirio o aroma de viñedo. Tal vez previó el final del mundo en la estrella caída de los cielos que recorría con su luz las sombras: *et de caelo lapsa per umbras / stella facem ducens multa cum luce cucurrit*.

En el silencio de la biblioteca. La biblioteca era el único lugar donde preñar las nubes de lluvia con que rociar la tierra reseca, agostada, sin agua. A veces lo asaltaba un pensamiento que no sabía si acoger como inspiración divina o rechazar como tentación del diablo. Si en el arca de Noé había entrado una pareja de animales de cada especie, ¿por qué no se mencionaba siquiera un libro de cada género? Intentaba alejarlo como si fuera algo pecaminoso, aunque al fin se decía, zarandeado por la duda: si era lícito pensar que el texto sagrado no hacía mención de los peces, porque se daba por supuesto que era la única especie

que podría sobrevivir en las aguas del castigo, quizá tampoco mencionó los libros, por haberle parecido al autor sagrado *que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria*. El arca tenía tres pisos y en ellos salvó Dios a los tres grupos, a saber: a los hombres, las bestias y las aves. Si tuvo el arca sus nidos, ¿no iba a reservar uno para el libro?

Isidoro de Sevilla era él solo todo el libro: había encerrado en los veinte libros de sus *Etimologías* todo el saber universal^[3]. Él había escrito que el número siete representa con frecuencia el concepto de universalidad, y que por eso se aplica también a la Iglesia misma. (Un número que decoraba todos los frisos del Apocalipsis). En Isidoro había vislumbrado el vasto misterio de los números: la santidad del siete y el doce; la perfección del diez y el siete. Quizá en uno de esos libros sintió por primera vez la presencia de un ejército celestial, como la voz de muchas aguas y de truenos retumbantes (*tamquam vocem aquarum multarum et tonitruum validorum*). Pero sobre todo había experimentado la seducción de la etimología, el significado de las palabras, la riqueza del símbolo.

Se dedicó al estudio. Una vez soñó con un libro que lo contuviera todo como el del juicio final, un libro que fuera la llave de todas las cerraduras, la clave de todos los secretos. El libro, como el hombre, era un mundo abreviado. Tenía un vago recuerdo de haber descrito en algún sitio la forma del libro, como otros podrían describir la forma de la espada: los veinte libros de Isidoro eran un códice de muchos libros y un libro de un solo volumen. He ahí una definición: «se llama códice por el simbolismo con las cortezas de árboles o de vides, a semejanza de un tronco de árbol que sostiene varios libros, como ramas. El libro es llamado volumen [o rollo] por estar enrollado; así, por ejemplo, para los hebreos el volumen de la Ley, los volúmenes de los Profetas. Las hojas de los libros se llaman así, o por semejanza